



En Montevideo, Serrano entra en contacto con el arte moderno y, aunque la escultura es un arte en el que la modernidad es más tardía y que “pocos artistas se entregan devotamente a ella”, es progresiva la lectura e integración que propone en las delicadas figuras en bronce o escayola creadas esos años, todas ellas merecedoras de algún premio en el Salón Nacional de Artes Plásticas, como *Alexis* (1939), *Paz* (1943), *Adolescente* (1950), *El niño del río* (1951), y el estilizado *Salto alto* (1955). En 1944 gana el primer premio y “medalla de oro” en escultura con *Adolescencia*, a la par que Torres García obtiene el de pintura.

En esos años Serrano comprendió el arte moderno y se desprendió de las formas del pasado para emprender experiencias más abiertas y universalistas. Pocos artistas tan sujetos a formas tradicionales han sido capaces, como lo hiciera este hijo de Crivillén, de ensayar cambios fundamentales en su obra, señala el historiador uruguayo José Pedro Argul, para precisar: “Cuando planea sus movimientos los realiza sin lastres, libre y desprevenidamente, lanzándose en un mismo período a ensayar módulos a veces contradictorios, tan sin timidez en una como en otra postura”.

En su progresiva apertura a nuevas técnicas y materiales, Serrano explora la monumentalidad. Sus puertas talladas en cedro para la sala de actos del Palacio de la Luz, sede de las usinas eléctricas y telefónicas del estado – UTE- construida entre 1951 y 1953, con sus 4 metros de altura y 3,50 de anchura se convierten en una admirada obra de arte, que se considera la más lograda de su estadía en Uruguay. “El equilibrio compositivo de los cuatro paneles verticales que dividen las dos puertas –según la descripción de Manuel García Guatas-, los dos centrales lisos en la mayor parte de su superficie, con dos relieves en una de las caras y un sol flamante y la silueta en hueco de una figura humana en la otra; mientras que los dos paneles laterales los diseñó con una sucesión de formas cartilagosas, tratadas con un variado registro de texturas”. En su composición no es ajena la influencia del constructivismo de Torres García.

Sin embargo, la obra escultórica que supuso una clara ruptura con toda la estatuaria constreñida por el discurso histórico conmemorativo y oficial es su proyecto para el “Monumento al prisionero político desconocido” (1953), obra de rigurosa y renovada concepción expresionista que Serrano hace aún más evidente en “Hombre paseando por la



playa” (1951), donde una soterrada socarronería aragonesa aflora en los movimientos de ese gordo vertido en bronce y, sin embargo, tierno y etéreo. Su escultura del profeta Baruch – primer premio en el Salón Nacional de 1954- consagra el nuevo camino emprendido en Uruguay y sobre el que transitará definitivamente cuando regrese un año después a España con una beca otorgada por el país que lo había acogido con generosidad veinte años atrás. Una calurosa despedida en el Centro Aragonés de Montevideo tendió en forma simbólica un puente hacia su nuevo destino.

En su equipaje se llevó unos toros tallados en piedra negra, de los que no se desprendió nunca y formaron parte de su colección privada. Inspirados en los toros del campo uruguayo, realizados con materia del país, pero trascendidos en una forma geométrica que no les había quitado la vida, sino por el contrario abierto a nuevas vías de expresión. Estos toros al límite de la abstracción condensan lo mejor de su “conformación” como artista madura en tierra americana.

Los biógrafos y estudiosos de la obra de Pablo Serrano, como Julián Gallego, coinciden en considerar que su experiencia uruguaya lo libró “del provincianismo, madrileño o catalán, que aqueja a otros artistas” e hizo de él “un ciudadano del mundo” al adquirir “la modesta costumbre del trabajo de quien quiere, puede y debe abrirse camino en un medio no hostil, el indiferente, en el que no van a ayudarle nacimiento ni relaciones”. Le libró, además, del “horror de la guerra civil” y sus secuelas: persecución, exilio o aislamiento cultural para quienes permanecieron en la península, sometidos al “neoclasicismo de las artes oficiales, la escasez de vientos de fuera, cribados por severísimas cortinas censorias. Desde Uruguay, abierto a todos los puntos cardinales de la cultura, Serrano, mientras pensaba en España forjaba las armas con que había de conquistar en ella un puesto de primera fila”.

Así fue, por lo que es bueno recordar sus fundamentales veinte años en Uruguay.

“El Uruguay de Pablo Serrano”, de Fernando Aínsa Amigues